

## CAPITULO CCXVII.

Consecuencias del desgraciado ataque de Monjuich.—Retirada del ejército castellano á Tarragona.

VERDADERAMENTE que todas las causas que pueden reunirse para hacer infructuosos los esfuerzos y los sacrificios de un ejército, todas se reunieron para que el ataque de Monjuich redundase en desprestigio de la buena fama que había alcanzado el marques de los Velez, y en menoscabo igualmente de la dignidad de aquel ejército que venía á reducir á la obediencia á unas provincias levantadas en armas contra la metrópoli, y cuyos primeros pasos había coronado la victoria.

La falta de un verdadero conocimiento del espíritu de aquellos naturales, la carencia de un plan de ataque meditado y estudiado con detenimiento, la falta de oportunidad de los medios que habían de contribuir á su mejor éxito, todo ello quedó demostrado, primero, en la resistencia con que tropezaron las tropas castellanas, segundo, en el descuido imperdonable, tanto de la falta de escalas con que tropezó Torrecusa, como en el marques Xeli de la Reina en no tenerlas dispuestas para cuando llegase el caso, y, finalmente, en no comprender que las baterías de la ciudad, barriendo completamente el llano, habían de destrozar á las huestes que á pecho descubierto se adelantaban por él, y este destrozo podía producir, como en efecto lo produjo, un desconcierto general.

Todas aquellas torpezas, todos aquellos errores dieron por resultado la catástrofe que hemos principiado á indicar en el final del capítulo anterior.

En vano había sido el valor desplegado por el duque de San Jorge, que viéndose abandonado de la mayor parte de los suyos, sin ceder al miedo, y creyendo que con su ejemplo reanimaría el valor de los que le dejaron en aquel trance, prosiguió avanzando temerariamente, dando muestras de lo poco en que tenía la vida tratándose de la honra, hasta llegar á los reductos exteriores de la puerta de San Antonio.

Allí se vió rodeado de la muchedumbre enemiga, sin que amen-guaran sus bríos, hasta que, siendo reconocido por el traje, Manuel de Aux le dió una estocada, y disparando otros muchos sobre él, á pesar de haberse defendido heroicamente, hiciéronle caer al fin mortalmente herido.

El pánico había comenzado ya, y difícilmente puede reanimarse un ejército en cuyas filas ha dado principio la desmoralización y el desaliento.

Eran las tres de la tarde, llevábanse ya muchas horas de combate y continuaba la pelea de un modo harto desventajoso para las armas castellanas.

Un historiador de aquellos sucesos, dice que: «apremiaba Torrecusa á Xeli porque le enviase escalas, resuelto á no retroceder un paso antes de dar el asalto; pero esta determinación, más propia de un soldado temerario que de un general prudente, disgustaba en extremo á las tropas, que se veían diezmar inhumanamente sin gloria ni provecho. Menos pensaban en la honra que en la salvación; cada cual apetecía ménos el triunfo que huir el cuerpo á tan inminente peligro. En este conflicto, uno de aquellos sucesos de la guerra que no cabe preveer ni explicar, ó mejor una de aquellas imprudencias que á las veces contra toda probabilidad salen coronadas del éxito más venturoso, puso la victoria en manos de los provinciales. Un ayudante catalán de la guarnición de Monjuich, llamado Tapiolas, Mr. de Verge, sargento, y un fraile capuchino, aquellos blandiendo la espada y éste con un Crucifijo, comenzaron á gritar que los castellanos se retiraban, y á incitar á sus compañeros á darles alcance, gritando en el idioma del país: *Ea, valentíssims catalans! ¡esta es la hora en que hem de tornar per la causa de Deu agraviat i de nostra nació ofesa! Seguides de unos cuarenta individuos, no diremos de los más esforzados, pero sí de los más temerarios, descolgáronse por la muralla á tiempo que llegaba el refuerzo de la ribera, clamando desafortadamente: ¡A carn! ¡á carn! ¡Muyran estos traidors! ¡Aquí venim sinch cents de la marina pera defensar la patria! ¡ánimo!*»

Cunde la voz entre los castellanos de que iban á ser arrollados por todas las fuerzas de la ciudad, apodérase el pánico de ellos, y sin atender las órdenes ni las exhortaciones de sus jefes, vuelven las espaldas y comienzan á bajar la montaña que con tanto trabajo subieran, en el desorden más completo.

Crece la confusión, arrójense las armas para huir más pronto. El enemigo, cobrando mayores bríos al ver el desconcierto, aprovechándose de aquel terror, hiere, golpea y mata á la aterrada soldadesca que se atropella, corre y se despeña por aquellos barrancos, arrastrando en su caída á muchos y valientes oficiales, que hacen vanos esfuerzos para sostenerla.

La sangre castellana riega abundantemente la montaña; las armas arrojadas por el suelo proporcionan nuevos tropezones y caídas, y las banderas castellanas, aquellas banderas victoriosas en cien combates, son pisoteadas y rotas por los mismos que debieran haberlas defendido.

Precisamente en aquellos momentos el marques de Torrecusa recibe la noticia de que su hijo el duque de San Jorge había muerto, y de tal manera le afecta esta desgracia unida al desastre del ejército, que desesperadamente alligido se retiró, y despojándose de todas sus insignias militares no quiso volver á oír ni ver á nadie.

El historiador Melo, á quien en varias ocasiones hemos citado como autoridad en estos acontecimientos, describe la huida de los castellanos en los siguientes términos:

«Los que primero se desordenaron fueron los que estaban más al pié de la muralla enemiga, (tan presto el mayor valor se corrompe en afrenta) otros con ciego espanto cargaban sobre los otros en tropel, y llenos de furia rompían sus primeros escuadrones, y éstos á los otros, y de la misma suerte que sucede á un arroyo, que con el caudal de otras aguas que se le van entrando, va cobrando cada vez mayores fuerzas para llevar delante cuanto se le opone; así el corriente de los que comenzaban á bajar, atropellando y trayéndose los más vecinos, llegaba ya con dobladas fuerzas á los otros, por lo cual los que se hallaban más lejos llevaban el mayor golpe. Unos se caían, otros se embarazaban, cuales atropellaban á éstos, y eran despues hollados de otros. Algunas veces en confusos y varios remolinos pensaban que iban adelante y volvían atrás, ó caminaban siempre en un lugar mismo: todos lloraban, los gritos y clamores no tenían fin: todos pedían sin saber lo que pedían; todos mandaban sin saber lo que mandaban; los oficiales mayores, llenos de afán y vergüenza, los incitaban á que se detuviesen; pero ninguno entónces conocía otra voz que la de su miedo ó antojo que le hablaba al oído. Algun maestro de campo procuró detener los suyos, y con la espada en la mano así como se hallaba fué arrebatado del torbellino de gente; pero dejando el espíritu adonde la obligación, el cuerpo seguía el mismo descamino que llenaba la furia de los otros: ni el valor ni la autoridad tenían fuerza, ninguno obedecía más que al deseo de escapar la vida.

«A este primer desconcierto esforzó luego la saña de los vencedores, arrojándose tras de los primeros algunos otros que hizo atrevidos la cobardía de los contrarios; tales con las espadas, tales con las picas ó mazos, algunos con hachas y alfanjes, no de otra suerte que los segadores por los campos, bajaban cortando los miserables castellanos. Mirábanse disformes cuchilladas, profundísimos golpes é inhumanas heridas; los dichosos eran los que se morían primero; tal era el rigor y crueldad que ni los muertos escapaban, podía llamarse piadoso el que sólo atravesaba el corazón de su contrario.

«Algunos bárbaros (aunque advertidamente) no querían acabar de matarlos, porque tuviese todavía en que cebarse el furor de los que llegaban despues; corría la sangre como río y en otras partes se detenía como lago, horrible á la vista y peligroso aún á la vida de alguno que, escapado del hierro del contrario, vino á ahogarse en la sangre del amigo. Los más, sin escoger otra senda que la que miraban más breve, se despeñaban por aquellas zanjas y ribazos, donde quedaron para siempre; otros enlazados en las zarzas y malezas se prendían hasta llegar el golpe; muchos, precipitados sobre sus propias armas, morían castigados de su misma mano; las picas y mosquetes cruzados y revueltos por toda la campaña eran el mayor embarazo de su fuga y ocasion de su caída y muerte...

«Sólo la muerte y la venganza lisonjeadas en la tragedia española parece se deleitaban en aquella horrible representación (1).»

No puede retratarse con más sombríos colores la terrible derrota sufrida por las tropas castellanas. Todo fué confusión y espantoso desaliento en aquellos instantes, y el pánico llegó hasta las tropas que formaban la retaguardia, viéndose obligado el marques de los Velez á dar orden á D. Juan de Garay para que tomase el mando que había dejado Torrecusa al saber la muerte de su hijo.

«Recibió Garay su gobierno, prosigue Melo, despues de deplorar, como hemos visto, la terrible derrota de los castellanos, y fué la primera diligencia ordenar que los escuadrones del frente marchasen luego y á toda priesa hacia fuera, dando las espaldas al lugar de Sans, y que la caballería se opusiese á la gente que bajaba en desorden, con acción de pasarla á cuchillo si no se detuviese; con lo cual se podría conseguir que medrosos ellos de los mismos amigos, siquiera por beneficio del nuevo espanto se parasen, que era lo que por entónces pretendía el que gobernaba, para poderles dar aliento y forma.»

Grandes esfuerzos hubo de hacer el general castellano para conseguir que fuese atendido siquiera el bando que dió para que todos los dispersos fueran reuniéndose, bien á sus tercios, bien á los escuadrones que fuesen encontrando, á fin de que pudiera tomarse una determinación, rehecho siquiera algun tanto el ya destrozado ejército, explicándose así respecto á este particular el autor á quien ántes hemos citado:

«El Garay, sin perder un punto en el manejo de su defensa, como hombre que verdaderamente ignoraba la ocasión de su derrota, hizo echar bando que todos al instante acudiesen á sus banderas, ó por lo ménos á cualquiera de las de sus tercios que conociesen; y ordenó que ellos tomasen la más breve forma posible de ponerse en escuadron, porque vuelto á componer el ejército, pudiese respirar su espíritu. Consiguiólo, pero tarde, con fatiga increíble, y somos ciertos oír de su boca que fué tan grande aquel trabajo, tan difícil y tan provechoso, que en sola esta acción se había juzgado digno de gobernar un ejército.»

(1) Melo, obra mencionada, pag. 241 y 242.



PABLO CLARIS

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

## CAPITULO CCXVIII.

Llegada del embajador de Portugal á Barcelona.—Cobran los catalanes mayores ánimos con su victoria.—Muerte del doctor Pablo Claris.  
Ayuda prestada por los franceses á los catalanes.

INMEDIATAMENTE que Garay hubo conseguido reunir del mejor modo que le fué posible las reliquias de aquellas destrozadas columnas de ataque, reuniéronse todos los cabos en consejo, con excepción del de Torrecusa, que no hacía más que llorar la muerte de su hijo, al objeto de acordar lo más conveniente en aquellas circunstancias.

La opinion unánime fué que á todo trance era necesario abandonar aquel sitio.

El ejército castellano estaba en el mayor desaliento, faltaban las provisiones; el triunfo alcanzado por los de Barcelona haría que se levantase todo el resto del país, y que acudieran fuerzas de todas partes que podrían hacer mucho más comprometida su situación.

Unos dijeron que Margarit bajaba ya de la montaña al frente de numerosas fuerzas á ocupar los pasos de Martorell y del Congost, que de continuar allí se exponían á verse completamente cercados por numerosas fuerzas mucho más terribles por efecto de su victoria, y que por lo tanto lo más conveniente era regresar inmediatamente á Tarragona, sin dar tiempo á que llegase á noticia de los puntos por donde habían de pasar el descalabro sufrido, aumentándose así los obstáculos para el regreso, y desde Tarragona poder dar aviso al Monarca de lo ocurrido y esperar auxilios.

El de los Velez, que presidía el consejo, escuchó cuanto dijeron sin contestar una palabra, y ante aquella unanimidad de pareceres se puso en marcha el desalentado ejército castellano al día siguiente al amanecer.

Mayor todavía pudo ser el destrozo de la hueste castellana á haber sido la victoria de los catalanes consecuencia de un plan preconcebido y hábilmente calculado, puesto que con poco esfuerzo pudieran perseguir á aquel abatido ejército, y el estrago habría sido infinitamente mayor.

Mas los catalanes, como dice muy bien un historiador, se encontraron con el triunfo casi sin esperarle, pues parecía realmente que sus mismos contrarios, con sus desaciertos, su presuncion y sus torpezas, ayudáronles tambien á conseguirlo.

«Los escritores catalanes, dice Lafuente, testigos de aquellos sucesos, se entusiasman describiendo el ardor patriótico que todas las clases de la poblacion mostraban en la ciudad, el valor, el arrojo y la diligencia hasta de las mujeres y los niños en llevar á los de las murallas municiones, cuerdas, provisiones, medicinas y todo género de socorro, pidiendo para ellos por las casas y calles las que no tenían, y enviándoles hasta las monjas desde sus conventos bizcochos y confituras, al tiempo que otras rogaban á Dios en los templos por el triunfo de la causa de Cataluña. Algunas mujeres andaban vestidas de soldados con espadas y puñales, y algunas hubo que voluntariamente acompañaron á los que fueron desde la ciudad á Monjuich. Pero nada de esto maravilla al que conoza que el ardor con que los catalanes han defendido siempre las causas que ellos toman como nacionales, porque interesan al Principado.»

Sobre dos mil infantes entre muertos y heridos perdieron los castellanos en aquella funesta empresa, muchísimos caballos, más de cuatro mil armas, infinidad de carros, bagajes, tiendas y diez y nueve banderas, mientras que los de Barcelona sufrieron mucho ménos por las ventajosas condiciones en que se hallaron desde el principio del combate.

Precisamente en aquel mismo día había llegado á Barcelona, de paso para Roma, D. Ignacio de Mascarenhas, sobrino del nuevo rey de Portugal D. Juan de Braganza, el cual, recibido en audiencia por las autoridades catalanas aquella misma tarde, entregó su carta credencial dirigida á la Diputacion y á la Municipalidad, carta que había sido firmada en 19 de diciembre de 1640, y en la cual manifestaba el Monarca su voluntad de ayudar y asistir con todas sus fuerzas á los catalanes (1).

El embajador explicó las causas que habían motivado la sublevacion de aquel reino proclamando su independencia, cosas que ya dejamos manifestadas en otro lugar, prometiendo que intercedería con el monarca portugues para que diese una orden en virtud de la cual se obligase á todos los súbditos portugueses que militaban en el ejército castellano, á que abandonasen las filas y regresaran á sus hogares.

Cuando los catalanes se apercibieron de la retirada de sus enemigos, llenos de la mayor alegría, despues de dar gracias á Dios por la victoria que les concediera, salieron al campo á recoger los despojos del enemigo, llevando á la ciudad en triunfo trece banderas españolas, de las cuales una ofrecieron á Nuestra Señora del Buen Suceso, otra á su patrona santa Eulalia, y las restantes quedaron depositadas en el palacio de la Diputacion.

Entre tanto el marques de los Velez desde Tarragona noticiaba al Monarca el descalabro sufrido, suplicándole le relevase del cargo que desempeñaba, á lo cual accedió Felipe, confiriéndosele al condestable de Nápoles Federico Colonna, príncipe de Butera, que á la sazón era virey de Valencia.

Fácilmente puede comprenderse que, conforme el desastre de

(1) Esta carta hállase inserta en la obra *Memoires pour l'histoire du cardinal duc de Richelieu*, tom. II, pág. 643 y 644.

Monjuich había de desanimar de un modo notable á los castellanos, que tantas pérdidas sufrieran, había de producir un efecto totalmente distinto en los catalanes.

Los pueblos que hasta entónces, si bien habían simpatizado con el movimiento, no habían tomado una parte ostensible en él, alentados con aquel éxito, alzáronse contra el Monarca, y la guerra encendiése con mayor violencia en toda la provincia, armándose partidas por doquier.

Para reemplazar á Mr. de Espernan nombró el gobierno frances al conde Felipe de la Motte-Houdancourt, á quien el mismo Luis XIII recomendaba á la Diputacion como á persona de gran valor y de acreditada experiencia, y la cual en todo y para todo podía confiar.

El día 27 de febrero de 1641, precisamente cuando ya estaban entrando en Cataluña las tropas auxiliares que enviaba el rey de Francia, falleció en Barcelona el más ardiente defensor de las libertades catalanas, el doctor Pablo Claris, causando con su muerte general desconsuelo.

Su panegirisa el P. Fr. Gaspar Sala y Berart le describió perfectamente en estas breves líneas: «Era de buena estatura, el rostro algo tirado, el pelo entrecano, el color trigoño y quebrado, los ojos vivos, algo grandes y salidos, la nariz un poco aguileña, los labios gruesos; con que se manifestaba á los fisionómicos varon entero, firme, verdadero, discretamente severo y prudentemente arriscado. Era en el tono grave, pero alegre; en el hablar agradable, pero conceptuoso; en el andar fogoso, pero remirado. Era en el vestir modesto pero aliñado; en su proceder, honesto; en aconsejar, acertado; en el resolver, maduro; en ejecutar, prontísimo; en acariar, amoroso; en agasajar, urbano; en reprender, severo; en negociar, astuto; en persuadir, eficaz.» Apropiósele este lema que pocos han merecido: *Sibi nullus, omnibus omnis fuit*, nada para sí, todo para todos. Sucedióle en el cargo de diputado el Dr. José Soler, canónigo de Urgel, lo mismo que el difunto, y que profesaba sus mismas ideas y participaba de su entusiasmo.

Pocos días despues llegó á Barcelona Mr. de Argenson en calidad de representante de Luis XIII, político de los más notables de su tiempo, el cual traía amplios poderes, á fin de arreglar los tratos y condiciones en virtud de los cuales había de entregarse Cataluña á la corona de Francia.

A su entrada en la capital del Principado salieron á recibirle los nobles D. Pedro Aymerich y D. Ramon de Guimerat, y una vez que hubo llegado á la Diputacion, manifestó á esta corporacion el afecto que al Monarca le inspiraba, poniendo en sus manos dos cartas de él, en una de las cuales manifestaba que recibía como gran merced y prueba de afecto el ofrecimiento del Principado, nombrando á Argenson intendente de justicia, policía y administracion de las tropas destinadas por él á Cataluña, mientras que en la otra le felicitaba por el triunfo alcanzado sobre las tropas castellanas del marques de los Velez.

Muy á tiempo habíase retirado el ejército real á Tarragona, porque, como ya hemos dicho, las tropas francesas principiaban á entrar en el Principado, constituyendo un cuerpo auxiliar de bastante consideracion, y poco despues en las costas de Cataluña presentábase la escuadra francesa, compuesta de diez y ocho galeras y veinte y siete naves, bajo el mando del belicoso arzobispo de Burdeos.

Merced, segun se supone, á infidencia de los marineros, consiguió apoderarse de los buques que Joanetin Doria enviaba con municiones y víveres para la plaza de Rosas, y hecha esta presa hizo rumbo hacia las aguas de Tarragona.

Hacia este punto tambien, en el mes de abril, se movió el conde de la Motte al frente de nueve mil infantes y dos mil caballos franceses en su mayor parte, ademas del tercio de santa Eulalia, que mandaba el conseller tercero D. Pedro Juan Rosell, y que ya había probado su bravura en varios combates.

Indudablemente la guarnicion que había en Valls, como punto avanzado en el camino que desde Tarragona conduce á Barcelona, podía haber entretenido algun tanto á las tropas francesas, pero en virtud de las órdenes recibidas al efecto, retiróse al acercarse aquellas, y el general frances en un breve espacio pudo considerarse como dueño del campo de Tarragona sin haberle costado gran trabajo.

La guarnicion del castillo de Constantí, dice un historiador contemporáneo, «compuesta de trescientos hombres, se entregó cobardemente al frances tan pronto como se aproximó á la villa. Rindióse igualmente Salou; y viéndose el frances dueño de toda la comarca y teniendo en frente la escuadra del arzobispo de Burdeos, quiso apoderarse de la plaza de Tarragona; mas no contando ni con la artillería, ni con las fuerzas suficientes para atacarla, propúose reducirla por hambre, á cuyo efecto acuarteló sus tropas en los pueblos del contorno, quedando así cerrada la ciudad por mar y tierra. Por más que el Arzobispo no aprobara esta determinacion, que podía acaso comprometer su flota si era acometida por la de España, recibió órden de Richelieu para que cerrara estrechamente la boca del puerto, y así tuvo que ejecutarlo.»



J. SERRA, Lit.

Lit. VIDAL, Omo 27.

D. JOSÉ DE BIURE Y MARGARIT

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.